

Poemas

Juan Felipe Robledo Cadavid / robledo.j@javeriana.edu.co

Conjuro

**La muchedumbre se
despide, se despide una
vez con lentitud,**

vuelve a despedirse.

La plaza se queda vacía.

Un adiós queda flotando en el aire,
los papeles vuelan sobre cabezas
invisibles.

Hay un grupo de soldados
empujando a los mendigos,
las monedas ruedan sobre el
pavimento,
en silencio las botas rastrillan
fósforos rotos.

No hay árboles que iluminen, que
den aire.

El unicornio ha llorado sus ojos en
esta tarde de agosto.

Los recuerdos sobreviven con
dificultad en las ondas del río
subterráneo.

El día está deshecho, el día no canta
una *canzonetta*.

Los asesinos saben que pueden
aprovecharse del dolor de los
embreados.

Los luceros han sido descolgados
del cielo,

los pintalabios han manchado
todos los pañuelos del mundo.

Un borracho ha gritado su dicha y,
sin dudarle, se ha estrellado en la
autopista.

Los pollitos que llevaba un camión
corren libres y se salvan porque
mucho amor han derrochado.

Nadie asoma por el otero, la
cerveza está tibia, hace daño en la
garganta.

El lunar de la cantante vive
separado de ella, se mete en los ojos
del fanático.

Y todos sueñan con un viento
recio que barra las nubes, que hoy
deshaga este conjuro despiadado.

Oscuro origen

**De una turbia sensación
nacen algunos poemas,**

bloques pesados que se van
deshaciendo entre los dedos
y pueden llegar a ser la pura
sutileza, la levedad.

Estos desvanes sucios y oscuros no
conocen un oasis de sosiego,
la claridad los dejó de lado
y ningún héroe los recordará en el
instante de la muerte.

Hacen que dudemos de la tarea de
hacer versos,
nos preguntamos si será bueno
ofrendar la vida a este ídolo que
no parece cambiar a nadie con su
brillo tenue,
el temporal doloroso del corazón
no alcanza a explicarnos el sentido
de este tránsito.

Pero hay florecitas sobre la tumba
del olvidado escribiente,
mañanas de poemas sin término
nos permitieron vivir en paz con
los ancestros,
y el oscuro inicio de esta canción
nos ha dado fuerza para cruzar la
llanura.

La poesía es, también, esa mancha
de grasa sobre la que el niño dibuja
el rostro de su madre.

Juan Felipe Robledo Cadavid